



MI ISLA SOÑADA

Por ABELARDO DIAZ ALFARO

DÍA DE LOS PADRES
(MI PADRE EN LA MEMORIA)

Te evoco hoy desde lo profundo de mi memoria, desde lo recóndito de las turbulentas aguas de mi espíritu, porque me urge como nunca tu presencia, tu figura noble y esclarecida, tu discurrir por la vida, plácido, luminoso, como si hollase pétalos de rosa y caminase arrobado entre mieses doradas, espigas de oro, de los hortales henchidos y fragantes del más allá. Sí, parecía no ser de este mundo. Un desterrado añorante de los predios celestes, un emisario fugaz del palacio sideral.

Quién sabe si por eso se le iluminaba el rostro de un candor beatífico, de una dulce nostalgia, cuando el coro de la añosa iglesia entonaba aquel himno evocador del reino invisible:

"Soy peregrino aquí,
mi hogar lejano está,
en la mansión de luz,
eterna paz tendré."

Lo recuerdo hoy, cuando la tarde declina, y sus últimos oros ponen un destello místico en mi alcoba, nimbando su retrato. Me invade una sensación de infinita amargura, de hombre desolado e inerte que rememora sus días perdidos, como esos marinos viejos, desvalidos, que contemplan con tristeza las naves que se alejan hacia los puertos ignotos, y nunca más verán retornar. De entre la bruma, brota la figura mansa, clara y dulce de mi padre, y lo siento como si velara mis huellas, como si presidiese mi estancia y siento como ayer su mano blanda, suave, confortadora, posarse sobre mi cabeza atribulada, repitiendo:

"Bástale al día su afán." "Mirad los lirios del campo, no tejen ni hilan, mas yo os digo que ni aún Salomón con toda su gloria fue vestido como uno de ellos."

Y no sé porqué desde el fondo del alma me brotan unos versos emocionados, cálidos, reverentes, de un olvidado aeda mejicano, que parecen haber sido escritos para mi padre que yace hoy bajo la sombra de los sauces penumbrosos y rosales de fragantes corolas, allá en la tierra querenciosa y buena del Turabo:

"Yo tengo en mi casa un soberano
único a quien venera el alma mía
es su corona de cabello cano,
la honra su ley y la virtud su gloria.
Ve del mundo las cruentas tempestades
y cruza como Cristo el Tiberiades
de pie sobre las ondas encrespadas."

Sobre su lápida ya en olvido se columbra un libro abierto con una poética leyenda bíblica:

"Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera en mi camino." Es el mismo libro que llevara siempre como si fuera una consigna ineludible en el bolsillo del gabán desvaído. El libro henchido de mieles de Canaán, encendido de parábolas, rumoroso de rubios trigales, y apretadas y olorosas mieses. El del Verbo admonitorio y rotundo sobre la cumbre del Sinaí, y la dulce y esperanzada palabra en la falda del Hattin. Semilla de eternidad prendida en las rojas sementeras, en el oro de los caminos, junto a los lagos silenciosos, y barcazas de velámenes que palpitan con alas cansadas en el azul.

Recuerdo como si fuera hoy su última encomienda, mientras la tarde declinaba y su vida se hundía en la sombra, como un pájaro en la noche. "Que coloquen en mi féretro dos entrañables amigos: mi Biblia y un diccionario." Sus grandes lealtades, sus invariables devociones, su único tesoro, porque era pobre de toda pobreza como el menesteroso San Francisco de Asís, como el vagabundo sin tesoro, sin techo, lumbrera y alforjas, de los caminos de la Galilea.

¿Qué heredé de él que me dignifique ante su memoria, que me haga acreedor de su nombre, que me justifique ante los ojos y el recuerdo de los que le conocieron y veneraron? Quién sabe, mis sueños de poeta, esta vocación por las palabras, por las imágenes limpias y luminosas, y ante todo por el entrañable amor a las gentes sencillas, las mismas que siguieron al Maestro en su andanza, por viñedos y olivares, las mismas que tú iluminaste con tu palabra consoladora, que era bálsamo y lumbré en la morada de los tristes.

Las mismas gentes a las cuales he cantado en su miseria y esperanza y que en cambio me han otorgado una efímera y menguada guirnalda de gloria.

Me parece oírlo en el véspero, mientras contemplábamos en candor de niño el florecer de las estrellas de la tarde y el aletear tembloroso del primer murciélago, —suspiros de sombra— cuando le traía confuso y deprimido unas briosas primicias literarias mutiladas impiadosamente por un aristarco y soberbio de las letras. “No dejes que desnaturalicen a tus hijos. Recuerda a Pascal: “Razones tiene el corazón que la cabeza no entiende.” Y he seguido tu encomienda. Cuánta falta me hace tu presencia, tu aliento, tu bondad inmensa, tu fe incolmable.

Te rememoro como eras en esta época de vendimia. Menudo de cuerpo, breve en paso, la frente levantada, amplia, como cúpula egregia del templo del espíritu. Los ojos claros, luminosos, en asombro perenne ante la maravilla de la creación.

La Biblia oscura — orlada en los bordes, en el bolsillo ancho en la dación, escaso en los denarios, que acrecentabas como el pan candal en el milagro del monte.

El paraguas colgante del brazo — que simulaba la espada de un anacrónico templario de la fe.

Siempre en olvido de sí mismo. Frugal en el comer, sobrio en el yantar, pródigo en el querer y el soñar. Era un rico sin denarios. De él aprendí que la riqueza no está en las arcas colmadas, sino en

los corazones henchidos, ni en la casa suntuosa, sino en la morada siempre abierta, llena de luz, unguida de hospitalidad.

Me parece verlo orar intensamente cerca del campanario en el alba. Oraba en silencio como Cristo en el huerto, junto a los lagos en temblor de espumas.

Cruzaba las naves silenciosas y se dirigía pausado, con el rostro lleno de contentamiento hacia un destartalado escritorio tras el cortinaje de damasco del púlpito. Comenzaba a dictar cartas para todo aquél que precisaba una palabra cariñosa que melificase la acritud del vivir, que restañase una herida, que mitigase un mal. Para el que triunfaba, sus parabienes alentadores; para el vencido, una frase de aliento; para el que caía, un sabio consejo redentor.

A su paso de hombre escogido, granaban copiosas las mieses, florecían jocundos y fragantes los rosales. En su huerto íntimo no había lugar para el cardo espinoso, la hortiga rastrera, la liana per-versa. De sus labios aprendí unos versos sencillos, evangélicos, del apóstol Martí, que eran como la síntesis de su hombría de bien, de su vivir sin mácula, sin rencores, ni pasiones bastardas:

“Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero,
que me da su mano franca,
y para el cruel que me arranca,
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo,
cultivo una rosa blanca.”

Y algunos lo juzgaron mal, lo midieron con el rasero común de sus propias medidas. Por ser justo como Alcibíades, por ser noble como Sócrates. Lo tildaron de soñador, de idealista, de ingenuo. Bondades albas, banderas niveas, luminosas, que deslumbran a los

de conciencia turbia y sinuoso andar. "Bien predica quien bien vive" — fue su lema hostosiano, la esencia misma de su quehacer.

Nunca perdió el candor inefable del niño en su faz tranquila ni en la hora del acíbar y las espinas, ni en la hora de las cruentas decepciones. Nunca le abandonó aquella actitud ingenua, interrogante, gozosa ante la plenitud de la creación, a pesar de ser hombre de principios fijos e inalterables, heroico, defendiendo el castillo abroquelado y fuerte de su fe.

Me llevaba al muelle de Ponce, y cuando notaba asombro y maravilla en mis ojos al contemplar las gaviotas cenicientas, los velámenes albos de las naves, los bajeles de sombra que se alejaban lentamente en el azul, repetía lleno de contentamiento: "Hay que hacer buena y feliz la vida de los niños."

A pesar de ser justo, intachable, misericordioso, jamás le oí increpar al pecador, denostar al ebrio, rehuir la mujer caída en el estercolero. "Aquél que se encuentre libre de pecado que arroje la primera piedra."

Un día, bajo los árboles frondosos de la Plaza de Caguas, se acercó un ebrio y le invitó a libar unas copas:

— "Don Abelardo, reverendo, usted y yo nos vamos a dar un palo porque usted es lo más decente que hay en Caguas."

Con una sonrisa de tolerancia, palmeándole las derrumbadas espaldas aceptó galante el reto:

— "No te acepto el palo, pero en cambio te acepto un café."

Y bajo la sombra augusta de los laureles, se alejaron en abrazo cordial el hombre de la bienandanza y el ebrio descarriado entre el alborozo de los pájaros y el júbilo de los cielos estremecidos de luz.

Creí que mi padre se dejaba engañar. A su oficina, a su rectorio, acudían todos los menesterosos, los enajenados, los en quebranto de espíritu, los que vivían hurtándole a la vida despojos por ende recurrían a la artimaña solapada.

— "Don Abelardo, anoche se me murió Juana, no tengo ni pa' las velas."

Y desde la insolencia, desde la desfachatez de mis veinte años, le increpé ásperamente:

— "No sea incauto, no sea bobo. No se deje engañar como un niño."

Me miró de una manera tan extraña, tan elocuente, con los ojos tan claros, tan limpios, donde podía traducir los pensamientos, como los pájaros en la alborada, y me contestó sin inmutarse:

— "Hijo, ¡y si es verdad! Y si no es verdad, ¿qué? En fin de cuentas, es mejor ser engañado que ser engañador."

Y silenció ante las palabras del hombre puro, del santo varón, y comprendí que los caminos del hombre escogido son desconocidos, indescifrables, vedados para el que camina en el "valle de sombra de muerte" que cantara el salmista.

Después he conocido farsantes de la palabra, que conociéndola, la acomodan a sus propios fines, la tuercen y enmarañan para confundir y medrar a su albedrío. "The Devil can cite scriptures for his purposes" — clamaba un personaje de Shakespeare.

Como era sabio y podía penetrar en la fibra más íntima del ser, me decía con autoridad de convencido:

— "Hijo, cuando veas a uno que se trueca en árbitro de los demás y señala soberbio e inclemente las flaquezas y errores de su prójimo, algo anda mal en su propia vida."

Frases que el tiempo se encargó de confirmar con la elocuencia de los hechos.

Nunca blasonó de su bondad. Ni proclamó a los vientos sus virtudes, ni de la humildad hizo mampara para encubrir soberbias dormidas.

Me enseñó a vivir pobremente. Me dio a entender que la mo-

rada es cosa de tránsito, y el quehacer del hombre estancia eterna. Cuando la misión le daba a escoger una casa, seleccionaba la más deteriorada ante la reprensión muda y celosa de mi madre:

— Abelardo, si la casa está en ruinas.

Y reía como un niño sin sentido práctico que gustase de las alcobas vetustas, de las cámaras apolilladas. En la última casona que vivimos, por los agujeros en la techumbre se colaban las estrellas y el agua de los cielos. Lo veía colocar cántaros, vasijas, cubos por doquier, y con una sonrisa desconcertante recitar unos versos de Shakespeare:

"It droppeth as the gentle rain from heaven
Upon the place beneath;
It's twice blessed. I blesses him that gives
And him that takes."

Fue hijo de familia acaudalada, de rancio abolengo, de hacienda colmada, pero lo abandonó todo por seguir las sendas de Maestro. "Para allegarse tesoros en los cielos, donde la polilla y el orín no corroen."

Un día el Señor de los altos predios, de los campanarios azules lo llamó:

"Abelardo, Abelardo, bástale al día su afán. Es bueno que echas tu siestecita aquí en la eternidad. Bajo este alerito de nubes.

Y se durmió aquella noche como un pájaro en su nido. Hubo llanto y desolación en la vieja casona, en el pueblo desolado. Se le iba el hombrecito bueno, el del paraguas colgante del brazo, el de la Biblia en el bolsillo del gabán desvaído. Se le iba para siempre hacia las guindas de oro.

El ebrio, al contemplar el paso del féretro junto a la plaza lloró intensamente.

Las campanadas de la iglesia fundieron sus bronces evangélicos a los dobles de la campana mayor de la iglesia católica. Sólo ha

una iglesia, la invisible y luminosa, para los limpios de corazón. He pensado hoy intensamente en mi padre. Me siento poco acreedor de su memoria. Tan ajeno a su virtud, a su serenidad, a su vida sin tacha y sin mancha.

Como recuerdo que no te convencían los homenajes póstumos, las flores tardías que debieron perfumar la vida de los hombres y en cambio dejan marchitar sobre los despojos humanos, por eso creí prudente escribirte esta estampa, cuando la tarde declina... Y sé que me sonreírás desde tu palacio de pórfido y jaspe — si es que no solicitaste en condescendencia terrenal — una casona polvorosa en la Vía Láctea.

Te veo surgir de la neblina del pasado como eras ayer, menudo de cuerpo, breve en la talla, la frente alta y el corazón cálido. Tu viste acá una casa llena de goterones, allá, una techumbre de estrellas. Sé que el Señor habrá ceñido en tu frente una corona de luceros y tu paraguas se habrá convertido en un cetro de diamantes.

Doblegaré mi soberbia ante tu tumba y diré al Maestro que tuve un padre bueno, un padre noble, un padre honrado, como Tú, que en la agonía del Huerto le imploraste: "Padre, perdona, porque no seguí tus pasos, tu huella de luceros."

Y me dirás desde alguna estrella:

— Levántate, hijo, tus pecados te son perdonados. Vete y no peques más.